

CARTA BLANCA

Profeta en tu tierra

MARTÍN J. MARRERO



Hace ya ocho meses y, tópicamente al margen, parece que fue ayer. Y mucho presente que pasarán no ocho meses,

sino ocho años, y la cercanía temporal me seguirá pareciendo la misma. De igual modo que, pasados diecinueve años, me parece que fue ayer cuando nos presentaron y, en apenas una hora de conversación, me convenciste -más bien me retaste; para ti, cada instante era un reto- de que lo mejor para mi carrera profesional era cometer la locura de renunciar a un creciente periódico matutino como *Canarias*? para apostar por la aventura de un vespertino -el único de todo el país- como tu *Diario de Las Palmas*. Sí, locura, pero bendita. Y sí, tu, porque tú no te limitabas a dirigir aquel entrañable periódico, sino que cada día, cada hora y cada minuto ponías el alma en cada portada, cada página y hasta cada titular. Por eso era tuyo y porque aún años, muchos años después, no evitabas en cada encuentro preguntarme cuántos ejemplares estaba vendiendo mi periódico y cuántos los demás para comparar las cotas que llegaste a alcanzar, contra viento y marea, en el *Diario*.

Recordado esto ahora, creo que nunca dejaste de dirigirlo, aunque bajo otra cabecera (*La Opinión de Málaga*) e incluso en versión televisiva (Canal 9-Canarias). Cada vez que tenía oportunidad de ver uno de tus informativos era como si volviera a hojear aquel diario, tanto por tu particular talento para enfocar la realidad como por la paradójica pervivencia de problemas a pesar del tiempo. Y es que siempre, supongo que desde que te sentaste por primera vez ante una máquina de escribir para redactar una noticia,



perseguiste los mismos asuntos, los que interesan de verdad a la ciudadanía, eso sí, con el valor añadido de llegar al fondo de lo aparente, a lo que hay detrás de los escaparates institucionales.

Esa proverbial rebeldía frente al adocenamiento, ese coraje por publicar lo que otros no publicaban -bien porque no podían, bien porque no sabían-, aquel respeto solemne por el lector, aquella dignidad innata, fue una manera de ejercer el periodismo que marcaste en la piel de cuantos trabajamos a tus órdenes. En algunos casos y con los matices personales de cada uno, ha servido para que quienes fuimos alumnos tuyos hayamos intentando perpetuar esa impronta, y en otros, para reorientar vocaciones hacia tareas menos arduas. No era fácil de asimilar tu forma de entender este oficio. Sobre todo porque supone concebirlo más como una forma de vida que como un medio de vida. "El periodista tiene que serlo las 24 horas del día, hasta cuando

duerme, no sólo cuando llega a la Redacción!", te escuché exhortar con vehemencia una vez antes de dar media vuelta, meterte en tu despacho y cambiar medio periódico de forma vertiginosa con la rotativa ya calentando motores y el olor a tinta y caucho subiendo por la escalera.

En esos momentos críticos aforaba acaso la virtud que distingue a quienes consiguen la autoridad de quienes imponen el poder. Hablo de la ejemplaridad. No sólo eras capaz de dictar lo que había hacer y cómo hacerlo, sino que sabías hacerlo, y lo hacías en cantidad y calidad. Nadie podía decir que dedicaras más horas que tú al trabajo dentro y fuera de la Redacción. Nadie era capaz de detectar una noticia como tú lo hacías ni de redactarla con tu rapidez y precisión.

Sin embargo, no actuabas desde el dirigismo. Cuando alguien te demostraba solvencia profesional, no preguntabas qué iba a hacer sino qué había hecho. El mar-

gen de confianza, sólo acotado por el contraste de datos y el interés general, era tan infinito como la realidad misma. Siempre concebiste la tarea diaria como un trabajo en equipo, como un puzzle cuyas piezas eran todas esenciales y había que encajarlas para completar la obra final.

Tampoco actuabas desde la prepotencia. De igual manera que adoctrinabas cada día sobre lo idóneo, ostentabas la humildad necesaria para pedir que alguien corrigiese lo que habías escrito o le echara un vistazo a la portada sin miedo a descubrir erratas o proponer enfoques mejorables.

Por todo eso y más, mucho más, que se me ocurrirá cuando vuelva a leer este artículo ya en papel de periódico, tengo que agradecerte eternamente que mi llegada y permanencia al frente de un periódico haya sido menos traumática de lo que debiera. Ha bastado con intentar ejercer como hijo periodístico tuyo, incluso hasta el extremo de haber engendrado algunos nietos ya contagiados por ese germen que, casi sin darte cuenta, convierte el periodismo en tu vida.

Por eso -sé que me disculparás- y pese a la experiencia en actos públicos, no pude evitar que el lunes por la noche me temblara la voz cuanto te evocé mientras miraba a *Engracia*, *Eva* y *Blas* en el emotivo e inolvidable homenaje que promovió en tu recuerdo el Ayuntamiento de tu natal Santa María de Guía y secundaron centenares de familiares, amigos, compañeros y paisanos. No es fácil ser profeta en la tierra de uno. Lo sabes bien. De ahí tu mérito. Porque estas cosas, Santiago, sólo las consiguen quienes dejan tal huella que ni el tiempo podrá borrarla. La tuya ha quedado indeleble en los privilegiados que te conocimos y en cuantos quieran escuchar por qué te admiramos y quisimos. Maestro. Amigo.